

surgió la Compañía, fueron apareciendo en la Iglesia de Cristo, ninguna parecía tener otro objeto que la propia santificación, ya fuera que adoptase el retiro absoluto de los yermos, ya el aislamiento silencioso de los claustros. Ocuparse en la contemplación de las cosas celestiales, cantar día y noche las divinas alabanzas, meditar asiduamente en las verdades eternas, macerar rigurosamente la carne con vigiliias, ayunos y penitencias, trabajar la tierra y hospedar á los peregrinos, edificar á la sociedad con el espectáculo de una vida de ángeles sobre la tierra: tal era el ideal de aquellas hermosas moradas de la santidad, tanto de hombres como de vírgenes sagradas, siendo además de todo eso, el refugio, durante la edad media, de las letras sagradas y profanas. Verdad es que, andando el tiempo, la multiplicación y la violencia de las herejías que afligieron á la Iglesia, principalmente en Francia, Italia y Alemania, como las de los Albigenses, Fratricelos, Husitas y tantos otros precursores de los corifeos del protestantismo, hicieron nacer nuevas familias religiosas que, sin descuidar el fin primario de la santificación personal ni los medios hasta entonces mirados como esenciales para la perfección religiosa, diéronse también á la predicación, al estudio de las ciencias, y al ejercicio de las obras de misericordia espirituales y corporales, ya para combatir á los sectarios, ya para morigerar las costumbres, ya, finalmente, para dilatar las fronteras de la fe cristiana, sirviendo de este modo á la gran causa de la gloria de Dios. Tales fueron, entre otras, las ilustres y beneméritas órdenes de Santo Domingo de Guzmán, de San Francisco de Asís y de San Pedro Nolasco, de cuyas filas salieron tantos doctores sapientísimos, tantos celosísimos apóstoles, tantos insignes misioneros y es-

clarecidos mártires de la fe y la caridad, para honor de la Iglesia y lustre de la Europa católica. Todo esto lo sabía bien Ignacio de Loyola, el humilde vendimador de la última hora, quien, no creyendo encontrar sino pocos y acedos granos en la agostada viña del Señor, halló, sin embargo, copiosísima cosecha merced á la bendición de Dios.

Porque fué así, carísimos hermanos, que el Espíritu Santo le dió á entender la necesidad de fundar una nueva orden que con el contingente de sus pobres trabajos, viniese en apoyo de las célebres órdenes antiguas, y, como escuadrón de caballería ligera, acudiese aquí y allí, donde la necesidad de la refriega lo pidiese, á sostener aquellos aguerridos tercios de la militante Iglesia. Quería el sumo Capitán Jesucristo reforzar sus ejércitos con nuevas milicias auxiliares, conducidas por el glorioso veterano y experto capitán de la milicia terrena¹, á fin de ensanchar más y más en aquellos luctuosísimos tiempos, y en los no menos malos que iban á seguir, la gloria de su santo Nombre. Y cierto, no parecía bastante para las nuevas necesidades, engrosar con millares de soldados de Cristo las viejas legiones, siempre necesarias en la Iglesia, sino que era menester crear una nueva falange, una Compañía, mínima por su modestia, pero nueva por su espíritu, por su forma y organización, acomodada al carácter de los tiempos nuevos que alboreaban en la décimasexta centuria. El juicio de la Santa Sede, confirmación del de muchos varones eminentes de aquella época, no permite dudar de que tales fuesen los designios de la Providencia, pues al primer

¹ Novo per B. Ignatium subsidio militantem Ecclesiam roborasti (Eccl. in Coll. festi).

golpe de vista sobre el nuevo Instituto, con el memorial de Ignacio en la mano, se oyó exclamar á Paulo III: *Digitus Dei est hic*¹. No hay duda: la mano de Dios anda aquí.

9. Este espíritu, también uno y múltiple, y esta organización tan nueva como maravillosa, quisiera yo declararos breve pero suficientemente el día de hoy, amadísimos devotos de San Ignacio y de su obra; á fin de que, conociéndola más á fondo, fuese más glorificado con vuestras alabanzas aquel Dios que la inspiró y dió vida para tanta gloria de su nombre. Entenderáse bien por la sucinta exposición del fin de la Compañía de Jesús y de los medios substanciales de que la proveyó Ignacio para conseguirlo. El fin supremo es el de todas las criaturas, la gloria de Dios; mas no como quiera, sino en el más alto grado que pueda procurarse, es, en suma, *la mayor gloria de Dios*, así extensiva como intensivamente; el fin próximo é inmediato, según el texto de las Constituciones, es no sólo atender á la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensivamente procurar de ayudar á la salvación y perfección de las de los prójimos², es decir, la salvación de los prójimos atendida con el mismo celo que la propia. Y ved aquí lo que caracteriza en primer lugar á la Compañía, distinguiéndola aun de aquellos institutos religiosos que profesan ayudar á los prójimos en el negocio de la salvación; porque lo que en éstos es secundario, en la Compañía es fin primario y esencial, aunque no único. Así consta claramente de sus Reglas y Constituciones muchas veces aprobadas y confirmadas por la autoridad de la Sede Apostólica. Sí, cristianos, la salud de las

¹ Ex. 8, 19. ² Ejerc. c. 1, § 2.

almas es el blanco principal de la fundación de esta nueva orden religiosa, porque de esta manera creyó Ignacio — y con razón — que promovía y dilataba la mayor gloria de Aquel que es glorificado por el amor y la felicidad de sus criaturas. Y en efecto, ¿qué es salvar almas sino dar gloria al Criador de ellas? ¿qué es sino glorificar al Redentor? Pues salvar cuantas almas sea posible, será precisamente procurar á Dios la mayor gloria posible y hacer la obra de mayor agrado para su majestad. Así lo afirma, entre otros Padres, San Crisóstomo: *Nullum officium hoc Deo carius est*¹: no hay servicio más grato á Dios que éste; y, en prueba de ello, ahí están las palabras de Cristo á Pedro su Vicario: *¿Me amas, Simón, hijo de Juan? Pues apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*². ¿Cuál no será, hermanos míos, según de aquí se colige, el amor de Cristo á sus ovejas, las almas redimidas á precio de su sangre? Pues quien, como nuestro Ignacio, llega á conocer este amor de Cristo á las almas, ¿qué no hará y qué no padecerá por salvarlas de la perdición?

10. El hijo de la Compañía no debe buscar su santificación por medios extraños á la santificación de los demás; antes bien, todo aquello que le aleje ó aparte de ayudar á los prójimos, debe el jesuita alejarlo de sí como ajeno de su vocación, por muy bueno que en sí sea. ¿Qué cosa más loable, por ejemplo, que el canto de las divinas alabanzas en coro, la contemplación continua y retirada, las prolongadas vigiliass y las asperezas de la penitencia, el hábito vil y desacomodado, el silencio riguroso y, por terminar, la soledad y recogimiento de los claustros? Pues bien: de todos estos

¹ Ex octav. rom. in Brev. ² Io. 21, 15 sqq.

medios de santificación la Compañía se vale solamente en la medida y grado que le ayuden á procurar la salvación de los prójimos, desechando aquellos que le sirven de estorbo¹. Deja el coro porque le absorbería demasiado tiempo, necesario así para el estudio como para el ejercicio de los ministerios; modera, por razones análogas, el uso de las austeridades corporales, insistiendo, por otra parte, en el ejercicio de la mortificación interior; guarda en lo exterior un régimen de vida común, sin vestir hábito propio, sino el traje honesto de los clérigos seculares; profesa la perfectísima pobreza, no permitiendo á ninguno de los suyos propiedad alguna, ni aun en el uso de las cosas propias; no quiere, sin embargo, que carezcan sus hijos, especialmente durante el tiempo de los estudios, de las comodidades compatibles con la modestia religiosa; respeta, en fin, las observancias regulares, no consintiendo jamás en la relajación de la disciplina, pero sin atarse por ello de tal modo, que no pueda el operario acudir á toda hora del día ó de la noche adonde le llamen las exigencias de la caridad. El hombre de la Compañía habla ó calla, lee ó medita, está solo ó acompañado, dentro de casa ó fuera de ella, en esta ciudad ó en la otra, ayuna ó come, ríe ó llora, como lo piden las mil y mil circunstancias de la vida apostólica, que es el ideal de la suya, sin perder jamás de vista la noble divisa que lleva en el corazón: *Ad maiorem Dei gloriam*.

Tales son, ó, á lo menos, deben ser, conforme á la mente y designio de San Ignacio, los miembros de la Compañía, que, como dice el Apóstol, en trabajos, en vigiliias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longa-

¹ Suárez, De Relig. Societ. l. I, n. 10.

nimidad, en suavidad, en el Espíritu Santo, en no fingida caridad, en palabra de verdad se exhiban ante el mundo entero como ministros de Dios; y, manejando á diestra y siniestra las armas de la justicia, ya entre honras, ya entre afrentas, por medio de la buena reputación y á pesar del descrédito y la calumnia, en prosperidad y adversidad, siempre y de todas maneras avancen á marchas forzadas hacia la celestial patria, conduciendo consigo cuantas almas pueda, haciéndoles santa violencia para que se salven.

II. Con estas toscas pinceladas creo, amadísimos oyentes, haber aclarado vuestras ideas sobre la índole y carácter propio de la célebre institución religiosa de San Ignacio de Loyola, el cual, dotado de superior ilustración y consumada prudencia, abrió, por decirlo así, nuevos caminos á la vida religiosa, armonizándola por maravillosa manera con la vida apostólica, tal como lo pedían las azarosas condiciones de los tiempos modernos, y como una experiencia ya tres veces secular ha demostrado que era preciso hacerlo, aun afrontando persecuciones y diatribas. Hoy, al ver claramente la grandeza y perfección de la obra, tantas veces admirada é imitada por varones eminentes en santidad y letras, ¿quién no se siente movido á exclamar: ¡Qué alteza de miras! ¡qué sagacidad de pensamientos! ¡qué claridad de previsión la de aquel gigante que llevaba en sus hombros la esfera de la gloria de Dios! Es un hecho que el Fundador de la Compañía ha merecido los elogios y captádose la admiración de todos los grandes pensadores que le han sucedido, no sólo dentro, sino fuera del catolicismo, porque, como sol del mundo cristiano, no puede menos de hacer sentir sus rayos, de todos los vivientes, ya sea que los hieran, ya que los

deleiten con sus resplandores. Verdaderamente dotóle Dios de una alma grande como pocas, y de un don de gobierno tan raro, tan superior á todo encomio, que de él puede decirse lo que los Libros Santos predicán del Rey Sabio: *Dedit Deus prudentiam multam nimis, et latitudinem cordis quasi arenam quæ est in litore maris*¹: magnanimidad para abarcar en un solo fin todos los intereses de la gloria de Dios; prudencia exquisita para adaptar los medios más adecuados al grandioso fin de su Instituto. ¿Queréis una prueba más, y muy singular por cierto, de lo extraordinario de la prudencia de Ignacio en la invención y disposición de estos medios? Pues sabed que ese mismo carácter de grandeza, y consiguiente novedad, llegó á desconcertar las ideas de los jueces llamados á examinarlos y dictaminar sobre ellos, provocando de parte de hombres sapientísimos y bien intencionados, serias y gravísimas oposiciones; y ¿lo creeríais? llegando hasta crear dificultades para la continuación del proceso de canonización². ¿Qué significaba, cristianos, esa especie de escándalo, sino la superioridad pasmosa de las luces del nuevo Fundador, que hubo de ofuscar los espíritus más perspicaces? Excusado es decir que todos, más ó menos tarde, tuvieron que declararse vencidos, ora por su propio juicio, ora por el infalible oráculo de la Iglesia católica, confesando que aquella prudencia era del todo celestial y divina, como don especialísimo del Espíritu Santo.

12. Digamos, para terminar el elogio, no de la Compañía de Jesús (que no es ése nuestro intento), sino de

¹ 3 Reg. 4, 29.

² *Pellegrini*, Paneg. de San Ignacio de Loyola.

su incomparable Fundador y Patriarca, que no sólo le cupo la gloria de plantarla y verla apoyada y defendida por la Cátedra de Pedro, sino que disfrutó del consuelo de dejarla extendida y dilatada por las cuatro partes del mundo conocido, y alcanzó la dicha de verla cosechando en todos los opimos frutos que había presentado al idearla, ó, mejor dicho, que Dios, en misteriosa revelación, á las puertas de Roma, le había prometido. Vió, pues, la tierra un nuevo y maravilloso espectáculo: vió á diez hombres, como en otra ocasión á doce pescadores, extranjeros en Roma, pobres de bienes de fortuna, aunque repletos de ciencia y de virtud, repartiéndose la Italia, la Europa, el mundo entero para evangelizarlo y transformarlo. Y, á vuelta de pocos años, vió á esta mínima falange, capitaneada por Ignacio, combatiendo vigorosamente y segando laureles inmortales en todos los campos. Vió á Fabro, al insigne primer discípulo de Loyola, secundado por Claudio Jayo y por Pedro Canisio, disputar el campo á la formidable hueste luterana en Colonia, Worms y en toda la Alemania; vió á Simón Rodríguez santificando la corte del rey de Portugal, y á Francisco Javier, el nuevo Apóstol de las gentes y portentoso taumaturgo, conquistar para Jesucristo reinos enteros en las Indias y en el hasta entonces desconocido imperio del Japón; vió á dos sapientísimos doctores, Diego Láinez y Alfonso Salmerón, descollando entre la flor y nata de los teólogos católicos reunidos en el celeberrimo Concilio de Trento; vió, en fin, tantas y tan estupendas maravillas, que hubo de reconocer en aquel gran movimiento y reacción religiosa de fines del siglo XVI, no ya el esfuerzo de un gigante, sino la virtud del brazo del Señor.

Entonces pudo entonar Ignacio su *Nunc dimittis*, tranquilo y satisfecho por dejar consolidada y fuerte para resistir todo embate su grande obra, y doblado su heroico espíritu en millares de hijos y herederos de su celo. Entonces, recostado, no como los héroes mundanos, sobre sus laureles, sino sobre la cruz de su Amado, pudo dormir el sueño eterno de los justos, oyendo aquellas dulcísimas palabras de enhorabuena: *Euge, serve bone*: «¡Alégrate, siervo bueno y fiel!» Durmióse á la sombra de la Cátedra Apostólica, viendo colmado de riquísimas uvas su lagar, habiendo venido á recoger pocos agraces en la viña del Señor: *Quasi qui vindemiat, replevi torcular*. Y, para que todo fuese nuevo y extraordinario en la historia de Ignacio y de su obra, alcanzó á ver, sin duda, al expirar, saliendo más glorioso del sepulcro de la extinción, á la nueva Compañía, armada del mismo espíritu que en sus primeros días, desplegando el mismo vigor en la lucha y, según es de esperar, destinada á prolongar su vida de combates y triunfos tanto como haya de prolongarse la vida terrestre de la Iglesia. Así sea.

PANEGÍRICO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARGARITA MARÍA ALACOQUE

(predicado en la iglesia de las Religiosas de la Visitación, Bogotá, 1895).

Inventa una pretiosa margarita, abiit . . . et emit eam.

Viniéndole á las manos una perla de gran valor, va . . . y la compra.

Matth. 13, 46.

1. ¡Cómo goza y se recrea el mercader de joyas contemplando en el muestrario un surtido de finísimas perlas! Ya sea movido de codicia, ya impulsado del hábito

adquirido en su profesión, ya quizás seducido de la misma belleza del objeto, uno de los más hermosos de la naturaleza, el hombre apasionado por esa rica mercancía no sueña sino con perlas de valor, á cuya adquisición consagra su capital, su tiempo y todos sus afanes. Suponed, pues, que el mejor día dé con una de precio extraordinario, fabuloso, como la de Cleopatra, que, según Plinio, valía más de cien mil escudos de oro; ¡cómo salta de alegría, y va corriendo á reunir la suma de dinero necesaria para hacerse con ella, aunque sea enajenando todos sus bienes, y vuelve y se asegura la propiedad de aquella joya! ¡Daría por ella, si se le pidiera, la sangre de sus venas! ¿Qué diremos, católicos oyentes, del gozo de Cristo, mercader divino venido del cielo en busca de las más ricas joyas, las almas de los hombres¹, al contemplar la preciosa margarita que ha encontrado en el muestrario de su Iglesia, en el almacén riquísimo de la religiosa Familia de San Francisco de Sales, oculta en un rincón de Francia, en una celda del monasterio de Paray le Monial? ¿Quién será capaz de explicar el anhelo de Cristo Señor nuestro por comprar al precio de toda su sangre esta inestimable perla para colocarla sobre su mismo corazón? ¿Nos desviaremos quizás de la verdad aplicando al divino Salvador la parábola con que él mismo nos ha dado á conocer el precio del reino de los cielos²?

2. No, ciertamente, cristianos; pero, aunque esta aplicación esté apoyada en la verdad manifestada en cien pasajes de las Sagradas Letras, debo confesar que no es la más directa que ofrecen las citadas palabras. Por-

¹ *Cornel. a Lap.*, Comment. in Matth. cap. 13.

² Matth. 13, 45 sqq.